

## La Europa de las naciones

Hagen Schulze

Hagen Schulze (1943) es catedrático de Historia Contemporánea alemana y europea en la Universidad Libre de Berlín. Es autor de una amplia obra, de la que se ha traducido al castellano *Estados y naciones en la historia europea* (Crítica, 1994). El presente artículo fue publicado originalmente como parte del libro de Helmut Berding, ed., *Mythos und Nation. Studien zur Entwicklung des kollektiven Bewußtseins in der Neuzeit* (Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1996).

① Francis Fukuyama, *The End of History*, Nueva York, 1992.

En el mundo occidental, concretamente en el anglosajón, se ha difundido en el curso de los últimos años, tras el derrumbe de la Unión Soviética y del socialismo realmente existente, un nuevo optimismo en relación con el progreso. Desde la transformación radical del paisaje político de Europa puede leerse, por ejemplo, en la sensacional obra de Francis Fukuyama sobre el «Fin de la historia» publicada en 1992, que estamos viviendo una especie de utopía que se caracteriza precisamente porque en ella han desaparecido todas las utopías. El liberalismo político unido a la doctrina de la economía de mercado ha triunfado a lo largo y ancho del globo y ha puesto punto final a todos los sueños socialistas y comunistas después de que una generación anterior acabara con el fascismo. Un nuevo orden mundial fundado en la democracia liberal que ya no cuenta con ningún adversario serio traerá paz, estabilidad y tolerancia a la humanidad. Y al mismo tiempo disminuirá el interés por las controversias políticas. Pero puesto que toda la historia descansa sobre la lucha entre doctrinas antagonistas, es evidente que la historia ha llegado a su fin ①.

Este nuevo optimismo no es compartido por todo el mundo. Y es que en Europa ha reaparecido un irritante fenómeno que parece resistir a todas las tentativas por construir una sociedad mundial más o menos unitaria sobre el razonable fundamento de los valores liberales y democráticos. Tal vez Fukuyama tenga razón cuando predice el derrumbe final de las ideologías totalitarias y, en consecuencia, del principal obstáculo para la instauración de un nuevo orden mundial, pero es evidente que pasa por alto —junto a otras cosas— la permanencia de las doctrinas nacionalistas. En los Balcanes, en Transilvania, en Checoslovaquia y en los territorios del antiguo imperio soviético, pero en cierto modo también en la Europa Occidental, la caída del comunismo fue acompañada por una eclosión de sentimientos nacionales que todo el mundo había considerado, desde hacía mucho tiempo, cosa del pasado. Al mismo tiempo, el entusiasmo por la unión política de Europa parece difuminarse; los estados nacionales y sus intereses particulares ocupan de nuevo la escena política de nuestro continente. Es como si Europa se aproximara a la situación en la que se encontraba en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Nos viene a la cabeza el castillo de Blancanieves tras el beso del príncipe: después de un sueño que ha durado ochenta años despierta la sociedad entera y todo el mundo continúa haciendo lo mismo que hacía cuando se sumió en él, incluso el cocinero que por fin le da esa bofetada largamente aplazada al pinche de cocina.

Parece sensato que examinemos más de cerca ese elemento perturbador que es el nacionalismo y sus manifestaciones estatales. ¿Cómo y por qué se ha desarrollado la concepción europea de nación? ¿Cuáles son sus funciones? ¿Acaso las naciones y los estados nacionales no son más que una desgracia inevitable destinada a oscurecer el futuro y a desbaratar la esperanza de una Europa unida e integrada en un orden mundial liberal?

Independientemente de la actitud que se adopte respecto al presente y al futuro de la nación y del Estado nacional hay algo indiscutible a la luz de la historia: al igual que todas las concepciones políticas y culturales sobre la ordenación de los estados fundamentadas en la historia, también este fenómeno de la civilización europea ha surgido en momentos de cambio de nuestra historia, ha

② Acerca de la historia del concepto de «nación», véase Reinhart Koselleck, et al., *Volk, Nation, Nationalismus, Masse*, en Otto Brunner/Werner Conze/Reinhart Koselleck, eds., *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, vol. 7, Stuttgart, 1992, pp. 141-432; Ulrich Dierse/Heinrich Rath, *Nation, Nationalismus, Nationalität*, en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, ed. por Joachim Ritter/Karlfried Gründer, vol. 6, Munich, 1984, pp. 406-408; Elisabeth Fehrenbach, *Nation*, en *Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich 1680-1820*, ed. por Rolf Reichardt/Eberhard Schmitt, Munich, 1987, pp. 75-89; Aira Kemiläinen, *Nationalism. Problems Concerning the Word, the Concept and Classification*, Jyväskylä, 1964.

experimentado transformaciones y ha evolucionado y, como todo lo que ha alumbrado la historia, también desaparecerá algún día y dará paso a una nueva situación en la comunidad humana.

Así pues, en el curso de su historia, la interpretación del concepto de nación también ha experimentado numerosas variaciones hasta llegar a alcanzar la lectura y connotaciones actuales ②. «Natio» es un concepto tradicional antiguo, heredado de la época romana que en su raíz servía para definir el origen primigenio o la procedencia como rasgo diferenciador de toda clase de grupos. Cicerón, por ejemplo, aplica este concepto a un grupo de la comunidad, concretamente a los aristócratas; para Plinio «natio» es una escuela de filósofos. Pero con significativa frecuencia hallamos también el concepto de «natio» como un término opuesto al de «civitas», es decir, las comunidades no civilizadas que carecen de instituciones comunes, en un sentido similar al que utilizan los ingleses actuales al hablar de *natives* o los alemanes de *Eingeborenen* («indígenas»). Los gentiles de la Vulgata, los bárbaros de Isidoro de Sevilla, las hordas mahometanas de infieles de Bernardo de Claraval son «nationes» y también las grandes estirpes germánicas de la alta Edad Media, los francos, longobardos o burgundios son descritas como «nationes» porque todos ellos tienen su origen correspondiente aunque aparentemente carecen de esas estructuras políticas y sociales internas que definen a los pueblos civilizados. Junto a designaciones análogas como «gens» o «populus», esa interpretación del término desemboca en la noción medieval tardía de «nationes» que alude a los grandes pueblos europeos que, sin embargo, pueden incluir a su vez varias «gentes» o «nationes».

No debe creerse, como hacían los historiadores que han mantenido hasta no hace mucho puntos de vista ingenuos y optimistas, que se trataba ya de comunidades nacionales tal como se entendían en los siglos XIX y XX. Pues en la Europa prerrevolucionaria de los siglos XIV a XVIII este concepto fue utilizado para designar un origen más o menos indeterminado o en un sentido estatal y jurídico. En el Concilio de Constanza (1414-1417) se estableció la votación por naciones, pero no existía un criterio claro a la hora de definir este concepto de tal modo que finalmente no se llegó a ningún acuerdo sobre el número y la delimitación de esas naciones. Los estudiantes de las universidades de la Italia del norte eran también clasificados por «nationes» al igual que los comerciantes de Gante y Amberes: comunidades de gentes definidas de un modo poco preciso. A la «natio germaniae» de la universidad de Bolonia pertenecían tanto los sajones como los bohemios, pero no en cambio los alemanes del sur y del suroeste que, sin embargo, encontramos en la comunidad de la «natio alemanniae». La universidad de París, la más antigua de Europa junto a la de Bolonia, diferenció desde 1249 la nación gala, en la que se incluían también los italianos, españoles y griegos, la normanda, la inglesa –los alemanes, polacos y escandinavos– así como también por último la nación picarda que poseía una lengua considerada en el París del siglo XIII como singularmente diferente del francés y de otros idiomas parecidos como el burgundio, el normando y el valón. Cien años más tarde encontramos la universidad de Orleans dividida en diez naciones: Francia, Normandía, Picardía, Aquitania, Champagne, Lotaringia, Turena, Burgundia, Escocia y la *nation germanique* a la que pertenecían los estudiantes del Sacro Imperio Romano Germánico, pero también los de Polonia, Inglaterra, Dinamarca, Italia y Dalmacia. El principio según el cual se adoptó esta división parece confuso a primera vista; en realidad lo que se pretendía de forma muy pragmática era distinguir de manera clara a los estudiantes que procedían de zonas lingüísticas cercanas, puesto que eran muy numerosos y por ello convenía distinguirlos con mayor nitidez. Los que acudían desde zonas más distantes eran menos numerosos, por lo cual bastaba una categoría más amplia. Que esa clasificación por naciones no era del todo artificial se traslucía no sólo en la íntima coherencia interna de esas tempranas «comunidades de compatriotas», sino también en los roces que surgían entre ellas; una disputa entre la nación picarda y la normanda que provocó varios

muestrados desembocó en 1328 en una situación casi de guerra civil en París; por entonces la universidad de Oxford había dejado ya de lado el principio de clasificación por naciones con el objeto de poner fin a esas frecuentes pendencias.

Pero cuando la noción de «natio» rozaba casi lo político era cuando no aludía a aquellos que hablaban, por ejemplo, una lengua común o dialectos parecidos, sino sólo a aquellos que formaban parte de un *status politicus* o merecían la calificación de *societas civilis*. Con otras palabras, «nación» servía para definir a la totalidad de los estamentos que actuaban políticamente en las instituciones previstas para ello. La nación alemana estaba formada por los estamentos reunidos en el Reichstag de Regensburg, la inglesa era la que acudía al Parlamento de Westminster y la francesa, la que actuaba en los Estados Generales; también Montesquieu afirmaba categóricamente que en los *États Généraux* se reunía «la nation, c'est-à-dire les seigneurs et les évêques»<sup>3</sup>. Cuando en 1711 el Reich firmó con la «nación húngara» la paz de Szátmar, el término «nación» no se refería en absoluto a la totalidad del pueblo, sino, como se decía explícitamente en el tratado, a los «barones, prelados y nobles de Hungría». En el caso de Hungría o también de Polonia, desde esta perspectiva, se trataba de naciones exclusivamente aristocráticas, mientras que en el oeste, centro y norte de Europa se incluía en el concepto de nación, dependiendo de los casos, también a los estamentos burgueses y ocasionalmente a los campesinos. En adelante, si nos circunscribimos en nuestro análisis a las grandes naciones, habremos de tener presente que hasta los inicios del siglo XIX el término «nación» tenía un sentido geográficamente limitado y territorial. Así, por ejemplo, los prusianos orientales podían ser considerados como una nación todavía hacia 1800 porque poseían un parlamento regional en el que actuaba exclusivamente el *Land* en el terreno político incluso bajo la monarquía «absoluta» de los Hohenzollern.

No hablaremos aquí de las numerosas teorías que tratan de interpretar la esencia y la función del nacionalismo tal y como lo entendemos en la actualidad; baste decir que en el tránsito de la Europa antigua hacia la modernidad, en el periodo de finales del siglo XVIII y en el XIX la idea de nación cambió por completo. Con la explosión demográfica que se inició a mediados del

siglo XVIII en el continente, con la transformación de la economía y la sociedad, con la modernización de los transportes y de los sistemas de correos, con la extensión de la lectura y la escritura que provocó una extraordinaria difusión de los libros y las revistas, en pocas palabras, con la aparición de una «opinión pública» moderna se iniciaba una profunda crisis del medio que había dado hasta entonces estructura y sentido a la sociedad. Los antiguos compromisos, mitos y lealtades se difuminaron; el antaño sólido cuerpo social —que también tenía raíces espirituales y religiosas— de la sociedad estamental y agraria se quebró liberando a miríadas de seres

individuales que trataban de buscar un nuevo sentido a las cosas en la medida en que ya no tenían necesidad de dedicarse únicamente a la pura supervivencia. El clamor de la época a favor de la transvaloración de todos los valores halló multitud de respuestas de todo tipo. Ya no se confiaba en el orden divino, sino en los derechos del individuo a la



Sellos emitidos entre 1867 y 1875.

Máquina Remington Standard, 1890.



libertad y la felicidad: a la «pursuit of hapiness», como declaraba la Revolución Americana y como reza la secular divisa del liberalismo europeo. La idea de igualdad desembocó en la de la soberanía popular, que enlazaba con la idea de Rosseau según la cual sólo podía considerarse como sujeto con capacidad para actuar políticamente al conjunto de los individuos, a la unión que constituyen como pueblo. En el pueblo se encarnaría la voluntad general, cualquier clase de gobierno habría de tomar de él su legitimidad: tanto la democracia como la tiranía en sus formas modernas hundían sus raíces en estas teorías. Pero el viejo mundo movilizó sus recursos defensivos que a su vez fueron capaces de alumbrar ideologías de masas; el conservadurismo perdió su carácter originario de frente defensivo elitista opuesto a la rebelión del «populacho» y consiguió en ocasiones experimentar un nuevo impulso gracias justamente a lo «populachero».

Así fue cómo la Europa de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX alumbró un gran número de teorías sobre el orden político y la legitimidad que competían entre sí, que se convirtieron en «movimientos» y partidos, capaces en conjunto de movilizar a grandes masas y enviarlas a las barricadas para luchar por sus ideas y programas aunque no consiguieran imponerse del todo a las ideologías opuestas. A lo largo del siglo XIX se puso de relieve que a largo plazo no lograría perdurar ningún orden estatal que no fuera capaz de acercar y unir esa multiplicidad de fuerzas sociales muchas veces contradictorias. La gran ideología integradora que consiguió evitar la guerra civil y que sirvió para forjar unidades más allá de los límites de unos intereses divergentes fue la idea de nación.

Desde el punto de vista político, la palabra «nación» había servido hasta entonces para designar el conjunto de aquellos que intervenían, de forma directa o indirecta, en la vida política en la medida en que mantenían alguna relación con la corona o en que en todo caso estaban representados a través de sus estamentos. Eso siguió siendo así por algún tiempo; lo único que ocurrió es que con la Revolución Francesa cambió la naturaleza de los individuos que actuaban en la vida política. En un folleto que haría época escrito en enero de 1789 que llevaba por título *¿Qué es el Tercer Estado?* el abate Sieyès utilizaba una idea nueva y revolucionaria de nación: de los tres estamentos que formaban la sociedad: el clero, la nobleza y el «tercer estado» —la comunidad de la gente sencilla, del pueblo no privilegiado—, era este último, el tercer estado, el único que mantenía a la sociedad con su trabajo. De ello se deriva lógicamente que el primer y segundo estados no forman parte de la nación, ya que no contribuyen en nada a su prosperidad; la nación está formada sólo por el tercer estado, el pueblo: «¿Qué es pues el tercer estado? Todo»<sup>4</sup>. Con esta inversión de los conceptos —todavía Montesquieu había definido explícitamente a la «nobleza y el clero» como los únicos soportes de la nación— el «pueblo» y la «nación» habían venido a superponerse: un «pueblo» que ya no era esa masa menospreciada, estúpida, esa «plebs», sino el «buen pueblo» compuesto por gentes sencillas, no corrompidas, trabajadoras, que ahora reivindicaban sus derechos en cuanto que miembros útiles de la sociedad contra el dominio de los parásitos clericales y aristocráticos. Era el pueblo quien formaba la nación; únicamente esta nación encarnada en el pueblo



Gustave Courbet  
Entierro en Ormans, 1849  
(Fragmento)

<sup>4</sup> Emmanuel Joseph Sieyès, *Was ist der dritte Stand?* (1789), en la obra del mismo autor *Politische Schriften 1788-1790*, ed. por Eberhard Schmitt/Rolf Reichardt, Darmstadt, Neuwied, 1975, pp. 122 y ss.

⑤ *Ibidem*, pp. 166 y ss.

⑥ «Le principe de toute souveraineté réside essentiellement dans la Nation. Nul corps, nul individu ne peut exercer d'autorité qui n'en émane expressément», reproducido en Jacques Godechot (ed.), *Les constitutions de la France depuis 1789*, París, 1970, pp. 33-34.

estaba destinada a legitimar en adelante al Estado y al gobierno. Esta nueva nación, en opinión de Sieyès, «está aquí desde antes, es el origen de todo. Su voluntad siempre es ley, puesto que es la ley misma [...]» ⑤. La nación es quien da al Estado su constitución, de ella emanan todos los poderes del Estado, la nación, bajo la forma del pueblo libre, es el soberano, como proclama también la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano del 26 de agosto de 1789 en el artículo 3: «La nación es la fuente principal de toda soberanía. Ninguna corporación o individuo pueden ejercer un poder que no emane expresamente de la nación.» ⑥ La nación de la Revolución Francesa era la formada por todos los ciudadanos del Estado políticamente conscientes que descendía sobre la base de las ideas de la igualdad de todos y de la soberanía popular. Aquel que no se reconocía como miembro del tercer estado revolucionario quedaba excluido de la nación. Y a la inversa, pertenecía a la nación quien se reconocía como miembro de la misma. Así, por ejemplo, Karl Friedrich Reinhard (1761-1837), originario de Württemberg, preceptor de una familia de comerciantes de Burdeos, tomó la decisión de «vivir y morir como francés» al conocer la noticia del intento de fuga de Luis XVI. Y de ese modo se convirtió en un francés, llegó a ser una de las figuras más destacadas de la diplomacia francesa e incluso ministro de Exteriores de Francia. Desde el punto de vista francés, la nación era ante todo una cuestión de libre decisión, en palabras de Ernest Renan, «un plébiscit de tous les jours».

Esa idea nueva, revolucionaria, de nación en tanto que pueblo que actúa políticamente era mucho más que una construcción conceptual: era un arma. Servía para unir internamente a la Francia revolucionaria en la medida en que los enemigos de la revolución eran expulsados de la nación y declarados proscritos; pues la nación era «una e indivisible»; y en la guerra contra las monarquías de Europa fue la nación, el conjunto de todo el pueblo, la que posibilitó una movilización de dimensiones jamás conocidas con anterioridad y la que condujo a la victoria del ejército de masas de los soldados-ciudadanos franceses sobre los mercenarios de las huestes absolutistas. Con los ejércitos de la Revolución Francesa se difundió también victoriosamente por toda Europa la idea de la nación como pueblo soberano; y en Alemania tropezó con un concepto diferente, no menos subversivo, con el que acabó por fundirse: la idea de nación en tanto que comunidad de cultura y lengua.

En Francia, con su territorio bien definido y sus instituciones correspondientes, resultaba fácil y natural definir la nación como una comunidad política que habría heredado la soberanía de la corona. Esta unidad de Estado y nación no era pensable en Alemania todavía; aquí la realidad fundamental era la existencia de una comunidad de espíritus ilustrados, dotados de una lengua común, que iba más allá de las fronteras territoriales. Ya en 1776 el *Deutsches Wörterbuch* de Adelung incluía la siguiente definición: «Nación, los habitantes nacidos en un país en la medida en que poseen un origen común, hablan una lengua común y que, en un sentido algo más restringido, se diferencian de otras comunidades nacionales por una forma de pensar y actuar característica, o espíritu nacional, independientemente de si forman o no un único estado o están divididos en varios.» ⑦ Así pues, no eran los vínculos políticos los que conformaban una nación, sino una lengua común y la conciencia de su pertenencia común a ella. Esa idea nacional fue precisada por Johann Gottfried Herder, consejero consistorial de Weimar: también él hacía coincidir «nación» y «pueblo», pero, a diferencia de Sieyès, Herder no hablaba de política, sino de lengua y poesía. Eso, explicaba, forma la base del pueblo y la nación. En sus cuentos y canciones tradicionales se expresaban las almas de los pueblos; la lengua y la cultura eran las que configuraban la melodía interior, común, de las naciones, que eran mucho más que la suma de sus miembros: comunidades humanas y espirituales, individuos colectivos, pensamientos de Dios. Herder veía

⑦ Johann Christoph Adelung, *Versuch eines vollständigen grammatisch-kritischen Wörterbuches der hochdeutschen Mundart*, vol. 2, Leipzig, 1776, pp. 488 y ss.

el mundo como un gran vergel en el que las naciones, semejantes a plantas, se desarrollaban de acuerdo con sus leyes propias, misteriosamente dictadas por Dios; ninguna nación era superior a otra, pero todas eran diferentes entre sí. Cada individuo formaba fatalmente parte de su pueblo, participaba desde la cuna de la naturaleza de su nación a la que permanecería unido de por vida por su lengua materna. El punto de vista de Herder, que relegaba a un segundo plano al Estado y la constitución, por detrás de la cultura y la lengua, se ajustaba a la discordancia, que venía de muy atrás, entre Estados y pueblos en la Europa Central y Oriental. Herder llegaría a convertirse también para los pueblos eslavos en profeta de su identidad nacional.

Gustave Courbet  
Autorretrato, 1844



La visión de Herder se popularizó porque enlazaba con las corrientes románticas de la época. El hecho de que los poetas, que habían escuchado atentamente las canciones del pueblo y que gustaban de escribir de forma popular, crearan sus obras a partir de creencias profundas y de que se sintieran más cerca de la nación que los príncipes y los funcionarios, formaba parte de las ideas con las que se consolaban los pueblos del centro y el este de Europa por su retraso frente a los Estados nacionales de la Europa Occidental y con las que intentaban reafirmar la conciencia cultural

que tenían de sí mismos. Lo que valía para Alemania valía también de forma parecida para los restantes pueblos del centro y este de Europa. A diferencia de lo que sucedía en el caso de la Europa Occidental, no existía aquí un marco estatal, institucional, pero tampoco ideológico en el que definir la nación en el contexto de la época. Por eso la nación no pasaba de ser una visión de futuro reconocible sólo en la existencia de una lengua y una cultura comunes: una confusa utopía anticipada por la historia que concernía más al sentimiento que a la razón. «¿Cuál es la patria de los alemanes?», se preguntaba Ernst Moritz Arndt en su *Vaterlandslied* (Canción de la patria) de 1813, que en cierto sentido fue el primer himno nacional alemán, y tras dos docenas de estrofas daba finalmente la respuesta: la patria de los alemanes está allí donde se habla alemán. La nación alemana, así pues, fue definida como una característica objetiva, según la idea de Herder acerca de la individualidad fundamental de lo popular, que en última instancia se apoya en la existencia de una lengua común. Así pues, en este sentido, la nación era independiente de la voluntad de los hombres: aquel cuya lengua materna fuera el alemán sería alemán inevitablemente y durante toda su vida. Por lo demás, conviene precisar que la diferencia entre las naciones configuradas en torno a un Estado y las que nacen en torno a una cultura ha de ser entendida en términos ideal-típicos; formulados de modo abstracto, estos conceptos no son más que puntos de referencia de un sistema de coordenadas con cuya ayuda podemos situar y definir las auténticas naciones dentro del sistema y compararlas con otras naciones. Incluso el prototipo de nación-Estado, Francia, no dejó de integrarse también como una cultura nacional: la unidad de lengua se convirtió por lo menos desde la fundación por Richelieu de la *Académie Française* en el año 1635 en una herramienta creada conscientemente para la unificación del Estado francés. Y ya en el año del descubrimiento de América, el humanista español Antonio de Nebrija dedicó su Gramática castellana a la reina Isabel con esta significativa aclaración: «de siempre ha sido la lengua compañera del imperio»®.

® Antonia de Nebrija,  
*Gramática de la lengua castellana*, ed. por Juan González-Llubera, Madrid, 1926, p. 3.

Litografía anónima  
«A los trabajadores, la Patria reconocida»



Estas dos ideas nacionales, la subjetiva y política de la Revolución Francesa y la objetiva y cultural del Romanticismo alemán se enriquecieron mutuamente, se mezclaron y confirieron al multitudinario coro de la modernidad europea una melodía fundamental. En una época de continuo desarraigo y crisis de sentido, de pérdida del pasado y de euforia ante el futuro, la idea de nación ofrecía tres cosas: orientación, comunidad y trascendencia. La identificación con la nación servía para simplificar las complejas relaciones sociales e interestatales y clarificaba el problema de la lealtad —sobre todo en los numerosos países del centro y este de Europa donde, entre el primer reparto de Polonia en 1772 y el Congreso de Viena de 1815, se produjeron numerosas variaciones en los gobiernos territoriales y donde el soberano de hoy podía ser el enemigo de mañana, la idea de nación servía de orientación y ayudaba a decidir. La comunidad nacional aparecía siempre allí donde desaparecían los vínculos antiguos, tradicionales. En la *levée en masse* de 1793, en las guerras de la Independencia de 1813, en las guerras de liberación y en los levantamientos de los pueblos del este y sureste de Europa esa nueva noción de comunidad no sólo fue reafirmada, sino también contemplada como una realidad perceptible por los sentidos. Las conmemoraciones oficiales y las festividades públicas, desde las *fêtes révolutionnaires* de la Revolución Francesa hasta las populares fiestas alemanas de la batalla de las naciones, reafirmaban la existencia de la nación; contribuían a crear el auténtico sentimiento de comunidad y confirmaban la pertenencia de cada uno a un todo mayor. La idea de nación poseía además resonancias religiosas; puesto que la nación no era una realidad directamente tangible, había que creer en ella; el nacionalismo se convirtió, así, en la religión secular de la era industrial. El nuevo Estado ya no recibiría su legitimación de Dios, sino de la nación.

Por doquier en Europa central, oriental y meridional se desarrolló desde el principio del siglo XIX un proceso parecido: se hablaba de renacimiento nacional, de un nuevo comienzo, del despertar, del resurgir, del *Risorgimento*, de un acto de fundación y creación históricamente irrepetible ante el cual palidecía toda la historia anterior para convertirse en simple pre-historia. Y en todas partes, esos pocos instigadores del «despertar» eran los intelectuales que partían de la tesis de que la nación se manifestaba en la existencia de una lengua unitaria y de que la uniformidad lingüística era una condición imprescindible del Estado nacional. Así pues, fueron sobre todo los poetas, filósofos, historiadores y filólogos los que llevaron al bautismo a las naciones de Europa. Friedrich Schleiermacher consideraba a estos «fundadores y restauradores de estados», «grandes hombres» junto a los fundadores de las religiones, grandes individuos de trascendencia histórica. Entre quienes colaboraron a ese «despertar» el movimiento nacional alemán incluye, junto a Herder, al filósofo Johann Gottlieb Fichte, que en el invierno de 1807-1808, en el Berlín ocupado, llamó en sus *Reden an die deutsche Nation* (Discursos a la nación alemana) a los alemanes a emprender la regeneración nacional. Y también al «padre de la gimnasia» Friedrich Ludwig Jahn y al publicista Ernst

Moritz Arndt. Los griegos nombran al poeta Rigas Velesinlis y al gran filólogo y lingüista Adamantios Korais; los irlandeses honran a Daniel O'Connell, el apasionado orador y tribuno popular, y al poeta Thomas Davis. Los polacos consideran «despertadores» al historiador Joachim Lelewel y al poeta Adam Mickiewicz, que proclamó la misión humanitaria del pueblo polaco, los checos al historiador Frantisek Palacky, pero también a Johann Gottfried Herder, nacido en la Prusia oriental, por el célebre capítulo que dedicó a los pueblos eslavos en sus *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* (Ideas para una filosofía de la historia de la Humanidad) publicado en 1791.

El ejemplo de los alsacianos muestra que esa distinción entre la nacionalidad subjetiva de la Europa occidental, concretamente de Francia, y la identidad nacional objetiva de la Europa central, oriental y meridional no fue sólo una construcción de los historiadores, sino que tuvo consecuencias políticas muy reales. Los alsacianos, que desde muy pronto se consideraron miembros de la República francesa y que, en consecuencia, se convirtieron en franceses, siguieron, a los ojos de los alemanes, estando vinculados inevitablemente a Alemania por su lengua. Las trágicas consecuencias de esa imposibilidad de conciliar dos modelos de identificación nacional pueden rastrearse todavía hoy.

Con todo, tras un análisis más detallado, queda claramente de manifiesto que las naciones no pueden ser definidas con tanta seguridad y objetividad como afirmaban sus propagandistas. Así, por ejemplo, la existencia de una lengua común, es decir, la característica más clara e inequívoca de la «nación», no es inicialmente en muchos casos más que el resultado de una planificación lingüística muy consciente, de una actuación estandarizadora que ha penetrado profundamente en el habla cotidiana y en los dialectos y ese proceder es tanto más intenso cuanto más nos alejamos de la Europa Occidental y miramos hacia la Europa Oriental. El alemán culto como lengua oficial no apareció hasta mediados del siglo XVIII, y el checo, el eslovaco, el noruego, el rumano o el griego, todas esas lenguas, existían sólo como formas campesinas del habla cotidiana antes de que unos pocos intelectuales las convirtieran en lenguas nacionales cultas.

No es muy distinto lo que acontece con las señas de identidad del pasado histórico común; la conciencia histórica nacional, y eso es válido en todas las naciones europeas, es el resultado de una memoria profundamente selectiva y de la elaboración de historiadores de sentimientos nacionalistas. E incluso para el caso de Francia resulta cierto que la fórmula de la «nation une et indivisible» no es la descripción de un estado de cosas, sino una fórmula de conjuro, una anticipación ideológica de una nación cuya unidad aún estaba por consolidar. Así pues, resumiendo, podría decirse para la mayor parte del siglo XIX que las naciones europeas eran, en palabras de Benedict Anderson, «imagined communities», comunidades imaginarias, forjadas por intelectuales y políticos, impulsadas por gran número de asociaciones y partidos burgueses, difundidas desde las columnas de la prensa liberal y desde las tribunas de los parlamentos. Debido a la relativa ausencia de estudios satisfactorios sobre la historia de las mentalidades ignoramos en qué medida las naciones eran realidades intelectuales y sociales. Hay sin embargo datos suficientes que apuntan al hecho de que este «nacionalismo tipo *Risorgimento*» fue asunto de unas elites relativamente limitadas y penetró muy lentamente en las conciencias colectivas.

Por utilizar una frase de Marx, podría decirse que la idea de nación atrapó a las masas y se convirtió en una fuerza material, como se demostró por primera vez en el caso alemán y francés en la crisis renana de 1840. Por primera vez surgió a ambas orillas del Rin un nacionalismo de masas explícito que consiguió incluso arrastrar en cierto modo a los gobiernos obligándoles a actuar —llegándose incluso a rozar la guerra—. Aquí se puso de manifiesto que la integración esta-

tal con la ayuda de la idea nacional había de pagarse por partida doble. Por una parte, la época de la política de gabinete fría y calculadora, había pasado definitivamente; ahora ningún gobierno, ni siquiera en los Estados no democráticos, iba a poder mantenerse a la larga si no tenía en cuenta los estados de ánimo y las aspiraciones del nacionalismo de masas. Y en segundo lugar, la identidad nacional estaba dialécticamente condicionada por la no-identidad, dicho de modo más sencillo: para definirse a sí misma, la nación necesitaba un enemigo y esa enemistad sería tanto más total cuanto más total fuera la integración nacional. Ya en el transcurso de las guerras de Independencia de 1813 se había ido desarrollando en Alemania la imagen de Francia como «enemigo hereditario» satánico, metafísicamente enfrentado. En el transcurso de la crisis renana de 1840 se debatió seriamente en la prensa alemana si había que reunir dinero para los damnificados por la inundación de Lyon o no —es decir, ya no contaba la comunidad formada por las gentes inocentes víctimas de la tragedia, sino su pertenencia a una nación «enemiga» que ya no tenía por qué ser objeto del amor cristiano al prójimo o del altruísmo filosófico—.

*El «nacionalismo integral» de masas convertía a la nación en un absoluto.*

Con ello se anunciaba el comienzo, en la historia del nacionalismo europeo, de una nueva fase que yo definiría, con Charles Maurras, como la del «nacionalismo integral». Mientras que el «nacionalismo del tipo *Risorgimento*» del siglo XIX, fomentado por una minoría de notables, tenía rasgos fundamentalmente liberales y partía de la igual legitimidad de las reivindicaciones nacionales de todos los pueblos, el «nacionalismo integral» de masas convertía a la nación en un absoluto: «Tú no eres nada, tu pueblo lo es todo»; «La France d'abord»; «Right or wrong, my country», así o de forma parecida rezaban los lemas con los que el nacionalismo integral ataba a sus seguidores y con los que legitimaba igualmente la utilización de la violencia física contra quienes sustentaban creencias diferentes.

Por otra parte, es bastante difícil trazar una línea divisoria clara en el tiempo entre esos dos prototipos fundamentales del nacionalismo europeo moderno. Ya la variante radical, jacobina, del nacionalismo en la Revolución Francesa había mostrado rasgos totalitarios: la nación era «une et indivisible», igualitaria y homogénea y quien no se reconocía enfáticamente como miembro de ella era su enemigo y había de contar con la muerte. Pero en cualquier caso, el nacionalismo integral, totalitario, en tanto que fenómeno político extendido, es bastante más reciente. Necesitó de la existencia previa de un Estado nacional como ámbito para desarrollarse. El ejemplo típico era el de la «nación rezagada» (Helmuth Plessner), Alemania, que tenía tendencia a sentirse perjudicada en relación con el reparto del mundo colonial y a compensar sus sentimientos colectivos nacionales de inferioridad mediante un nacionalismo agresivo. Es característico de esta fase el desplazamiento de la idea nacional desde la «izquierda» hacia la «derecha» del espectro político interno, la aparición de organizaciones nacionalistas de masas como la Deutsche Kolonialgesellschaft (Sociedad Colonial Alemana), la Deutsche Flottenverein (Liga Naval Alemana) o la Alldeutsche Verband (Unión Panalemana), así como de una autoconciencia rebotante de ideas de misión. A todo ello se añadía la idea de la solidaridad de clase como elemento fundador de sentido desde la izquierda en concurrencia con la idea nacional: así fue como la idea de nación, que hasta entonces había sido una superestructura ideológica que abarcaba a todos los partidos, se convirtió en partido político interior que funcionaba como frente de rechazo contra el socialismo «internacionalista». Lo mismo podría decirse del catolicismo ultramontano y, en una versión particularmente grosera, del supuesto judaísmo «internacional». Al «enemigo hereditario» exterior se unió el adversario político interno que empezó a ser contemplado como un peligro para la supervivencia de la nación. A fin de poder librar el combate interior con éxito apareció la tendencia a reforzar artificialmente las fricciones de la política exterior, pues de ese modo se obligaba a reafirmar la lealtad interna a la nación. De esta forma, los conflictos internos y los externos se alimentaban mutuamente.

Sin embargo, al considerar el modelo alemán no debe pasarse por alto que el nacionalismo integral, aunque se manifestara de maneras diversas, es un fenómeno que afectó a toda Europa. Por la misma época puede constatarse en Inglaterra la aparición de procesos parecidos a los alemanes; la «Navy League», la «Greater Britain», el jingoísmo fueron fenómenos paralelos, de la misma forma que también, por ejemplo, en Italia la «Associazione Nazionalista Italiana», la «Italia irredenta» o la consigna del «mare nostro». Y por lo que respecta al periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, es evidente que no hubo ningún país europeo en que no apareciera un movimiento fascista vigoroso.

¿Cómo se llega al surgimiento del nacionalismo integral y de su legítimo heredero, el fascismo? Según una tesis de Eugen Lemberg, una de las condiciones necesarias es la crisis de la conciencia nacional, la existencia de una amenaza externa extraordinaria y de un peligro real o imaginario para la existencia nacional. Esa es justamente la situación cuando una nación ha sufrido una derrota política o militar grave que daña a su concepto de sí misma y que, como consecuencia de ello, deja que se desvanezca la fuerza de integración necesaria para la supervivencia de la nación. Ante ese supuesto peligro de desintegración la nación reacciona exagerando un nacionalismo de cuño totalitario. Eso es válido no sólo para la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, sino, hasta cierto

punto, también para la situación creada en Francia tras la guerra de 1870/71. De todos modos, habrá que completar la tesis de Lemberg en la medida en que también las crisis económicas y sociales del sistema constituyen un terreno abonado para el nacionalismo integral; sin duda resulta evidente la relación existente entre la crisis económica mundial que se inició a partir de 1928 y el reforzamiento de los movimientos fascistas en toda Europa.

No es lugar aquí para debatir en detalle por qué pudo triunfar en Alemania la variante más peligrosa y destructiva del nacionalismo integral, el nacionalsocialismo; junto a los efectos acumulativos de la derrota bélica y de las manifestaciones especialmente trágicas para Alemania de la crisis económica mundial habría que tener en cuenta posiblemente también algunos factores presentes desde mucho tiempo atrás en la historia alemana. En todo caso, la catástrofe desatada en Europa por el nacionalsocialismo ha contribuido a que tras la Segunda Guerra Mundial pareciera haberse llegado al final del proceso de desarrollo de los Estados nacionales, mientras que, sin embargo, al mismo tiempo en el Tercer Mundo triunfaba el principio nacional. La unión de la parte libre del continente parecía estar razonablemente cerca y una de las mayores decepciones del periodo de postguerra ha sido que, pese a los considerables éxitos económicos y políticos del proceso de



La vertiginosa  
velocidad con  
la que están  
surgiendo  
movimientos  
nacionales  
produce una  
especie de  
shock cultural.

integración, el principio del Estado nacional ha continuado haciendo valer tercamente sus derechos. Y tanto más cuanto que hoy en día estamos ante un retorno de Europa con el que retornan también algunas de las cosas que parecían destinadas a desaparecer junto a la vieja Europa.

Apenas acaba de desaparecer la presión del ejército soviético cuando ya Bielorrusia plantea reivindicaciones territoriales a Lituania, la pequeña república de Moldavia se ve sacudida por enfrentamientos nacionalistas, en Transilvania estallan sangrientas luchas entre rumanos y húngaros y el Estado multinacional de Yugoslavia se desintegra con una guerra entre serbios, croatas, eslovenos y albaneses. Hace un año Václav Havel predijo que «la tragedia yugoslava puede reproducirse en la Europa postcomunista». Después de infravalorar fatalmente durante décadas la nación y la conciencia nacional, la vertiginosa velocidad con la que están surgiendo movimientos nacionales y particularistas produce en los observadores europeos una especie de *shock* cultural. Incluso parece haber quedado desmentida una de las hipótesis occidentales más extendidas: que la urgente necesidad de capital occidental y de inversiones occidentales supondría para los Estados de la Europa Oriental una presión suficiente para debilitar las ambiciones nacionalistas y hacer que se aproximaran de forma pacífica a los modelos democráticos occidentales. Pero en tiempos de crisis, los sentimientos nacionales pueden ser más poderosos incluso que los intereses económicos. Podemos comprobarlo en territorios vecinos, en el caso de las inversiones alemanas en Checoslovaquia o en Polonia. De hecho la presencia alemana, relativamente importante, en ambos Estados ha reforzado unos argumentos nacionalistas que ejercen una influencia negativa de cara a la construcción de una economía de mercado o incluso de cara a las reformas políticas de carácter liberal. En Polonia y Checoslovaquia existen temores profundos y –teniendo en cuenta la memoria histórica– comprensibles de que Alemania utilice su potencia económica con el fin de perjudicar en el futuro los intereses nacionales de estos dos Estados. Éste es además el argumento atizado por los seguidores de los viejos partidos comunistas como un medio de lucha bastante eficaz frente a los cambios democráticos y liberales, como se ha demostrado en todas las convocatorias electorales.

La profecía ya mencionada de Fukuyama sobre el «fin de la historia» y la victoria de las democracias occidentales sobre un «nacionalismo europeo sin dientes e irrelevante» como lo define él, y como repite Peter Glotz, ha quedado superada sin lugar a dudas. En esta misma época despiertan también en Europa Occidental ambiciones nacionales y regionales que amenazan el proceso de la unificación europea –como se ha visto recientemente en la reacción danesa frente a Maastricht–. ¿Cómo va a ser capaz la Comunidad Europea de desarrollar una concepción política común frente a la Europa Oriental si hasta los viejos Estados occidentales centralizados están teniendo que enfrentarse con reivindicaciones de independencia o al menos de autonomía por parte de sus minorías nacionales? La respuesta europea común a la crisis de Yugoslavia ha sido casi imperceptible sobre todo, y entre otras cosas, por los problemas internos que Gran Bretaña, Francia, España e Italia tienen planteados con Irlanda, Córcega, Cataluña y el Tirol meridional.

Al mismo tiempo los estrechos vínculos europeos occidentales en materia de política de seguridad parecen relajarse. Con la unificación alemana y con la existencia de intereses nacionales diferentes en cuestiones de seguridad, como se vio con motivo de la guerra del Golfo, emergen nuevas posibilidades de alianzas desde el fondo de la historia de nuestro continente que habíamos considerado superadas desde hace mucho tiempo: el presidente del gobierno polaco alude en París a la antigua amistad de Polonia y Francia, en las hipótesis de trabajo del *Foreign Office* londinense revive de nuevo, fantasmagórica, la *entente cordiale* franco-británica, y la quimera de una alianza renovada entre rusos y alemanes atemoriza a los lectores de los artículos de fondo de la prensa occidental. Y entretanto el relativo fracaso de la Conferencia de Maastricht de 1991 puso de relieve que

no sólo los intereses individuales de los Estados europeos occidentales involucrados, sino también las tradiciones e instintos profundamente arraigados en las sociedades son lo bastante fuertes para retrasar de forma sustancial el proceso de integración europea. Piénsese sólo, por ejemplo, por quedarnos en casa, en el griterío que se alzó en la opinión pública alemana cuando se empezó a comentar la posibilidad de que la futura divisa europea no fuera el «marco» alemán, sino el «ecu» de resonancias francesas. No hay ninguna otra decisión europea que haya influido tan profundamente en la actitud de los alemanes frente a la unificación europea como ésta; el grado de aceptación de la unificación política de Europa por parte de los alemanes descendió de un 72 por cien antes de Maastricht a un 42 por cien tras la conferencia.

No cabe duda: el veneno que ya hizo casi sucumbir a Europa en una ocasión sigue activo y amenaza con contaminar de nuevo al continente. Pero por otra parte no podemos por menos de



reconocer que sin la fuerza unificadora y movilizadora del nacionalismo apenas habría sido posible que los países de la Europa Oriental se librasen del comunismo. La autodeterminación nacional y la transformación de la ideología leninista de la lucha de clases en un consenso nacional básico configuran el único elemento común que permitió unificar los diferentes grupos e intereses existentes en estos países.

Por eso es tanto más importante distinguir lo siguiente: lo que amenaza a Europa no es la división en naciones, sino la fuerte tendencia a convertirse en Estados nacionales en los que se pretende hacer realidad la unidad, inviable y quimérica, de nación, lengua y territorio. A la vista de la inviabilidad de este proyecto en el limitado espacio europeo, eso ha llevado siempre de nuevo a la neurosis de masas del nacionalismo, a la creencia de que la nación ha de representar el valor supremo de una comunidad.

Que el Estado nacional ha quedado superado a ciertos niveles se pone de manifiesto en cuanto dirigimos nuestra mirada hacia la realidad, por lo menos, a la de Europa Occidental. Desde la necesidad de construir espacios económicos amplios pasando por la existencia de redes de tráfico y comunicación internacionales y llegando hasta las cuestiones medioambientales, las instituciones estatales se han mostrado cada vez más limitadas. El Estado nacional, que en el pasado siglo resultaba razonable como espacio para la sociedad industrial que empezaba a surgir y como mecanismo regulador de sus conflictos, que además constituía el marco único de las instituciones democráticas y de sus constituciones, ya no sirve hoy en día para satisfacer las necesidades de los hombres; han de surgir otras estructuras más amplias.

Por otra parte, ¿qué sentido tiene el mantenimiento de las fronteras estatales en el seno de

Europa siendo así que las constituciones y los sistemas económicos se parecen cada vez más? ¿Qué sentido tiene la frontera germano-polaca si los alemanes y los polacos pueden vivir y trabajar tanto aquí como allí de forma parecida? Lo que es válido para los alemanes helvéticos, alsacianos y del país de Baden, lo que es válido desde hace tiempo para los daneses y alemanes de Schleswig, puede convertirse también en realidad para los habitantes polacos y alemanes de Silesia, para los habitantes austríacos y eslovenos de Carintia, para los griegos y macedonios de Yugoslavia: que la unidad cultural de una región puede ser más poderosa que la frontera estatal que separa. Cada vez se ve más claramente que también los Estados nacionales han perdido su importancia. Con todo, el Estado nacional no es aún superfluo pues muchas de sus estructuras políticas y jurídicas, desde las constituciones hasta las formas administrativas, no han sido sustituidas por otras con el transcurso del tiempo. Sólo el marco que suponen los Estados nacionales está por el momento en condiciones

de funcionar como una envoltura protectora para las instituciones democráticas y liberales.

Pero esto no significa que las naciones mismas hayan quedado «superadas» como pensaron concretamente muchos alemanes tras la Segunda Guerra Mundial, en no pocas ocasiones para escapar de la carga que suponía su nacionalidad, mientras que al mismo tiempo en el Tercer Mundo se celebraba el principio nacional con la aprobación precisamente de los liberales europeos.

La creencia de los europeístas convencidos de los años cuarenta y cincuenta de que las naciones no eran a fin de cuentas más que el resultado de una

ideología ya superada y que, por tanto, podían ser suprimidas a voluntad chocó con la realidad de la persistencia de las estructuras políticas, pero más aún intelectuales, de Europa: las naciones europeas, que a principios del siglo XIX no pasaban de ser formaciones todavía utópicas, se han revelado en la actualidad como entidades culturales e intelectuales vivas, más aún: como expresión de esa pluralidad sin la que Europa perdería su esencia. Si hay alguna enseñanza que se derive de los numerosos fracasos experimentados por los intentos europeos de unificación es la de que la unidad europea sólo podrá consolidarse con, y no contra, las naciones y sus legítimas peculiaridades, del mismo modo que también las naciones empiezan a aprender que también ellas se componen de una gran número de unidades étnicas, lingüísticas y regionales.

■ Traducción de Elisa Renau

